

UNA VIDA DEDICADA A LA HERMENÉUTICA*

Gianni VATTIMO
Universidad de Turín

Santiago ZABALA
Pontificia Universidad Lateranense de Roma

La editorial de la Universidad de Yale (Yale University Press), en su serie *Studies in Hermeneutics Series* (Serie de estudios sobre Hermenéutica) ha venido publicando durante varios años, bajo la dirección de Joel Weinsheimer, excelentes libros de y sobre hermenéutica; uno de ellos es *Hans-Georg Gadamer. A Biography* (Hans-Georg Gadamer. Una biografía) del filósofo canadiense Jean Grondin. El libro no contiene sólo la biografía de un hombre que tuvo la experiencia del hundimiento del Titanic a la edad de 12 años, y la del ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York cuando contaba 102, sino también la biografía de uno de los mas grandes filósofos de nuestra era: Hans-Georg Gadamer (1900-2002), quien ha alumbrado y hecho nacer la que hoy tenemos en todo el mundo por «filosofía actual». Esto es: «la hermenéutica», la filosofía actual mundial. Gadamer, en efecto, a través de la hermenéutica (del griego *hermenéuein*, que significa «interpretar», «explicar», «traducir») ofrece una nueva posición filosófica capaz de responder a nuestra época sin creer que las soluciones estén ordenadas jerárquicamente en un sistema transcendental absoluto; basta con «entenderse el uno al otro». «El alma de la hermenéutica, decía siempre Gadamer, consiste en la posibilidad de que el otro pueda tener razón. La filosofía comienza y termina en la aceptación socrática de la propia ignorancia», porque «nunca podemos decir todo lo que quisiéramos decir». Si la filosofía no es otra cosa que la época expresada

* Traducción de Teresa Oñate y Zubía a partir de la reseña original inglesa «A life dedicated to Hermeneutics».

en pensamiento (como dijo Hegel), una respuesta a una necesidad vital, como por ejemplo los desastres tecnológicos, los malentendidos políticos, o los fracasos culturales... entonces la filosofía de Gadamer no sería tampoco sino una respuesta a su biografía, a su propia vida a lo largo de todo el explosivo siglo XX.

Creemos que el libro de J. Grondin vertebrado un magnífico trabajo, mostrando (por medio de entrevistas, correspondencia personal con Gadamer, y, por su puesto, una extensa investigación de archivos) cómo la vida y el temperamento de Gadamer estuvieron condicionados por la necesidad de «entender a los otros», dado que vivió en un siglo de guerras y de catástrofes, cuando nadie parecía escuchar al otro. Aparte de la introducción, las ilustraciones y el epílogo, la biografía está dividida en 16 capítulos, cada uno de los cuales, en orden cronológico, se centra en importantes períodos de la vida de Gadamer. No creemos que ninguna biografía de Gadamer necesite de una especial justificación, pero Grondin, en la sección de agradecimientos, nos relata brevemente cómo se llegó a escribir esta biografía. Inicialmente él quería mostrar cómo Gadamer no cometió el mismo error político que su maestro, Martin Heidegger —implicarse él mismo con el nazismo—, pero después se dio cuenta de que ese motivo proporcionaba justamente un buen arranque para la escribir la primera (y probablemente no la última) biografía de Gadamer. Tal problema está muy bien investigado en el libro (de los capítulos 8 al 11), porque muestra claramente cómo Gadamer ni apoyó a Hitler ni se opuso activamente a él, sino que, en vez de eso, procurándose una posición a-política en la vida académica de la universidad, fue capaz de continuar su obra filosófica (la emigración nunca fue considerada como una vía a tener en cuenta ni por los estudiantes ni por los profesores que no eran víctimas de la persecución racista). Gadamer nunca cometió el error de ingresar en el partido nazi, porque era un liberal convencido, como muchos otros alemanes más bien conservadores de su época, estando sin duda en desacuerdo con muchos de los puntos y las normas del Partido Nacional Socialista. Gadamer fue también un particular tradicionalista, que creía que una de las mayores equivocaciones de la edad moderna residía en haber perdido contacto con las fuentes clásicas de la sabiduría y de la autoridad. Estaba convencido de que, únicamente restableciendo el contacto con los «clásicos» tradicionales de la cultura de Occidente (mucho mejor que quemarlos u olvidarlos, sin duda) la humanidad podría salvarse de un destino de permanente desorientación causado en cierto modo por el progreso tecnológico. La mayor parte de los amigos de Gadamer, como Karl Löwith, Karl Jaspers, Richard Corner y Jacob

Klein, eran judíos, sin mencionar a su esposa Käthe Lekeusch, que incluso estuvo en prisión por haber recibido la noticia, en una parada de autobús, del final de Hitler, y no haber fingido lamentarlo.

Jean Grondin concede con razón mucho espacio a dos hombres importantes en la vida de Gadamer: su padre, que fue un notable profesor de farmacia de la universidad, con prestigio relativo en toda Alemania, y su maestro, Martín Heidegger, que sigue siendo considerado por muchos el filósofo más importante después de Hegel. Aunque el padre de Gadamer siempre se ocupó de la educación de su hijo, desaprobó abiertamente sus inclinaciones humanistas hasta el punto de que justo antes de su muerte le dijo a Heidegger: «Mire usted, la verdad es que estoy preocupado por mi hijo». «¿Por qué?», le replicó Heidegger, «Va muy bien. Sobre eso tengo plena confianza. Le falta sólo un año para la habilitación», «Sí», contestó el padre, «pero ¿realmente cree usted que la filosofía es una vocación suficiente como para ocupar la vida entera?». Grondin cree que el intento de Gadamer de fundamentar el método de conocimiento de las *Geisteswissenschaften* (las ciencias del espíritu) «confiriéndoles una legitimidad independiente» significa en parte un intento de justificarse a sí mismo ante la fe científica y metodológica del padre. Quizás ésta sea una de las razones por las que su obra magna de 1960, *Verdad y método*, «fue un acontecimiento inesperado de la verdad» —explica Grondin— «cuyo método únicamente puede venir detrás cojeando: verdad y después método, verdad antes del método. Que existe este tipo de verdad, que no podemos vivir sin ella, y que el método amenaza con convertirse en uno de los nuevos ídolos; eso es lo que la hermenéutica de Gadamer quiere hacernos ver».

La tradición filosófica clásica de la posguerra alemana mostraba que «la teoría de la comprensión» nunca puede lograr una captación definitiva de su «objeto», dado que siempre llegamos demasiado tarde cuando tratamos de introducir completamente en un método lo que comprendemos. «Conocimiento» y «comprensión» nunca pueden ser «enseñados» porque ellos mismos son el suelo sobre el cual estamos siempre: conocer no significa siempre certificar y controlar. Ésta es una lección que Gadamer aprendió de Heidegger, que mostró que los seres humanos son criaturas que han de interpretar continuamente su mundo, ya que no son naturales «observadores de este mundo», sino que más bien, en todo suceso, están irrevocablemente implicados ellos mismos. Por eso es por lo que las «imágenes objetivas» de la ciencia sobre el mundo no son otra cosa que una construcción que depende de nuestra constitución hermenéutica, la cual está y ha de

estar continuamente comprendiendo el mundo y anticipándolo. Es importante recordar que la polémica de Gadamer no va directamente contra la ciencia, sino contra la fascinación y la anestesia que causa en los humanos, de tal manera que acaban convirtiéndola en un ídolo, siendo así que las cosas susceptibles de ser controladas metodológicamente ocupan sólo una pequeña parte muy restringida de nuestra experiencia y de nuestra vida.

En el capítulo 14, enteramente dedicado a *Verdad y método*, Grondin aborda una cuestión de particular relieve cuando explica que nuestra situación hermenéutica no es en modo alguno trágica, en un sentido pesimista, porque es precisamente nuestro «estar limitados» lo que nos capacita para aprender los unos de los otros y para estar siempre abiertos a otras experiencias; lo que posibilita el darse cuenta de las cosas comunes y solidaridades que nos sirven de apoyo mutuo. La importancia de Gadamer reside justamente en el hecho de que reconoce en esos límites —y en la imposibilidad de una conciencia no situada— la posibilidad de comenzar por fin a entendernos los unos a los otros y a nosotros mismos. La historia no nos pertenece, somos nosotros los que pertenecemos a ella, porque mucho antes de que nos comprendamos a nosotros mismos a través del proceso de cualquier auto-examen, hemos de empezar por comprendernos de manera manifiesta en la familia, la sociedad y el Estado en los que vivimos. Esto indica claramente cómo Gadamer apelaba a Hegel para liberar la experiencia de la historicidad de los grilletes de la metodología, evitando, a través de Heidegger, la noción hegeliana del conocimiento absoluto. La hermenéutica, gracias a Gadamer, se ha convertido hoy en una *koiné* filosófica internacional que nos advierte de las ilusiones metafísicas autoproducidas y autoproyectivas, promoviendo no poca lucidez en relación a nuestra historicidad. Es muy importante comprender (y quizás Grondin no lo haya elaborado suficientemente) que la profunda revolución ontológica de Gadamer consiste en «superar la metafísica objetiva» mediante la interpretación y el lenguaje: las cosas son lo que realmente son únicamente dentro del reino de la «interpretación» y el «lenguaje». No por casualidad el más famoso *dictum* de Gadamer es éste: «el ser que puede ser entendido es el lenguaje», lo que significa a primera vista una limitación abierta, ya que comprendemos únicamente en la medida en que encontramos palabras para lo que ha de ser comprendido, no en «proposiciones», sino en «conversaciones». Gadamer fue probablemente el «pensador menos dogmático» de este siglo, porque consideraba que la experiencia de una genuina «conversación» nos recuerda una verdad en la cual la parte no dicha de lo que se dice no representa un obstáculo, sino más bien al

contrario, una condición de la verdad. «Lo que la herramienta del método no logra, ha de —y puede realmente— ser logrado por una disciplina de cuestionamiento a base de preguntas y respuestas, una disciplina que garantiza la verdad».

Los dos capítulos finales de la biografía de Grondin tratan sobre todo de los muchos debates y encuentros que Gadamer tuvo con personalidades tales como T. Adorno, M. Horkheimer, J. Habermas, K. Popper, H. Albert, J. Derrida, el canciller Kohl y el papa Juan Pablo II, que había enseñado fenomenología en Polonia y que consideraba a Gadamer como una autoridad en esta materia. Cuando el Papa se encontró con Gadamer en el *Encuentro de Castelgandolfo* de 1983 dijo públicamente «que la Providencia le había concedido el honor de estrechar la mano del Profesor Gadamer». Aunque Gadamer no era religioso, como tampoco Heidegger, se presentaba a sí mismo como un protestante, y no tenía reparo en admitir que su propia concepción de la autocomprensión estaba coloreada por un claro «matiz pietista». El pietismo le sirvió a Gadamer para tener en la mente que nunca nos es posible comprendernos a nosotros mismos del todo, la autocomprensión es algo que nunca llega a su fin, algo que siempre se ha de retomar de nuevo, un deber que siempre está por realizar. Ése era su punto de vista.

Cuando pocos meses antes de su muerte tuvo noticia del atentado terrorista de las Torres Gemelas en Nueva York, comentó escuetamente: «*Die Welt ist mir recht unheimlich geworden*», «el mundo se ha convertido en algo muy extraño¹ para mí»; seguramente se había convertido en algo extraño porque Gadamer

¹ Nota de la traductora: Se ha de reparar en el sentido muy especial que tiene en alemán la voz «*unheimlich*» desde el psicoanálisis de S. Freud. Tan es así que por ejemplo, J. Lacan o J. Derrida generalmente no lo traducen sino que lo emplean en alemán literalmente para referirse a lo mismo que Gadamer aquí: que el mundo se ha vuelto *unheimlich*. Lo cual se vierte en castellano con esa mezcla indecible que vincula lo siniestro y lo ominoso: lo *unheimlich* que debería estar oculto y alejado, sin nombre, cuando se atisba por un momento eso terrible en la imposible cercanía de lo familiar cotidiano y nos aterroriza. Véase a este propósito un documento excepcional que ni Vattimo ni Zabala podían conocer cuando escribían esta breve reseña. Se trata del texto de J. Derrida que recoge la conferencia en homenaje a Gadamer que pronunció el filósofo desconstruccionista en la universidad de Heidelberg, el 5 de febrero del 2003, casi un año más tarde de la muerte de Gadamer: J. Derrida: *Béliers* (Galilée, París, 2003). En las páginas de este *Carnero* trata Derrida entre Gadamer y Celan de lo *unheimlich* del mundo. Cfr. esp. pp. 14-23. Lo que nos interesa subrayar ahora es que en la expresión de Gadamer tras el atentado terrorista de las Torres Gemelas lo mentado no es sencillamente lo extraño o lo lejano que se haya vuelto el mundo, en el sentido de algo incomprensible que se hubiera ido volviendo ajeno para un hombre de 102 años, sino constatar con lucidez la atroz cercanía de lo *unheimlich*.

había dedicado toda su vida a mostrar cómo somos seres que hemos de intentar comprendernos a nosotros mismos mediante el diálogo y la conversación, pero en esta ocasión, de nuevo, habíamos fallado. Él nos mostró cómo la naturaleza profunda de la experiencia hermenéutica, el hecho de que no haya un último fundamento de comprensión, es la razón principal para creer que el «otro» puede tener razón, que nuestra voluntad de dominación ha de detenerse ante el «otro» si queremos poner fin a las tendencias destructivas de la revolución industrial.

La biografía de Grondin no debe ser leída sólo como una biografía de Hans-Georg Gadamer, sino también como una introducción estupenda a una «filosofía de la conversación», a la hermenéutica, a la filosofía que se fija en la necesidad actual más vital y acuciante hoy para nosotros: «la autocomprensión de la humanidad».